

CUENTOS & CUENTISTAS

¿Es posible que hayamos olvidado a Washington Irving?

Bartolomé Leal desde Santiago

Y sí... Desde que comenzamos a publicar esta columna en Ramona por allá por, ¿cuándo, mayo del 2005?, hemos pasado revista a cantidades de autores de cuentos, de tantos estilos y épocas, hombres y mujeres, todos dignos de ser leídos. No le hemos hecho justicia a muchos, nos consta. Pero entre ellos, ¿cómo pudo ocurrir, Ave María, que no le hayamos dado un espacio a Washington Irving? El autor de algunos de los cuentos más leídos de la literatura fantástica, tales como “Rip Van Winkle” y “La leyenda del jinete sin cabeza”, publicados con el seudónimo de Geoffrey Crayon en su *Libro de Apuntes* (1820). El autor de los *Cuentos de la Alhambra*, que para muchos significó descubrir la misteriosa España árabe. El primerísimo autor norteamericano en hacerse conocido en Europa. El padre del cuento norteamericano.

Sus primeras lecturas confesadas: *Robinson Crusoe* y *Simbad el marino* (episodio de las *Mil y una noches*), además de innumerables libros de aventuras de la vida real, género popular en su época. Abogado, Irving ejerció en Nueva York en empresas familiares. Practicó el periodismo, pero sus pasiones escondidas se apelaban los viajes y la literatura. Su gusto por lo fantasmal parece haberse debido a la muerte de su novia de diecisiete años. Escribió en una carta: “Por años no pude hablar del tema de su pérdida; no podía incluso mencionar su nombre; pero su imagen surgía continuamente frente a mí, y soñaba con ella incesantemente”.

Irving se inició escribiendo crónicas con mucha imaginación, como su *Historia de Nueva York de Dietrich Knickerbocker* (1809), recopilación de historias publicadas en el diario neoyorquino *Morning Chronicle*. El personaje actúa como su otro yo, e Irving se sirve de él para satirizar la política de su tiempo. Y no sólo eso, sino que las emprende con la historia oficial. Desde ya, exalta el valor de los holandeses, los conquistadores originales del valle del río Hudson donde se asienta en la actualidad Nueva York. “Rip Van Winkle” y “La leyenda del jinete sin cabeza” forman parte de la mitología de los legendarios ocupantes de Manhattan. El nombre Knickerbocker sirvió para designar una escuela literaria, de la cual Irving fue el líder.

En 1819 y 1822 publicó sus primeros libros de relatos, mientras vivía en diversos países europeos. En Inglaterra se amista con el poeta Longfellow, de parte con Walter Scott y el almirante Nelson, y vive un romance con Mary Shelley, la autora de *Frankenstein*. Se instala en España, donde ejerce cargos diplomáticos y escribe una biografía de Cristóbal Colón, entre otros libros históricos. En 1832, publica en Londres sus *Cuentos de la Alhambra*. De vuelta a Estados Unidos se le aclama como una celebridad. En su viaje a América, el mismísimo Dickens lo homenaja.



Pues los *Cuentos de la Alhambra* (conjunto de relatos y bosquejos de moros y españoles, que así reza el título original) constituye un libro absolutamente único para quienes se encuentran en la búsqueda de un camino para construir una expresión narrativa coherente y asentada en una vivencia integral. El libro empieza con el relato de un viaje, que el propio Irving en compañía de un diplomático ruso amigo suyo, más un guía y asistente, un andaluz a quien ponen por sobrenombre Quijote, se lanza por la que entonces se califica de escabrosa ruta Sevilla-Granada. Escabrosa por la geografía de la zona, pródiga en acantilados, áridas planicies... y bandidos de todo tipo, que amenazan a los comerciantes y viajeros ricos. El objetivo del periplo: conocer el mítico Palacio de la Alhambra, la más fastuosa reliquia del pasado moro en España, en estado de ruina según

la información que maneja el entusiasta Irving, deseoso de conocer el lugar antes que termine por desmoronarse.

El viaje (que hace de prólogo al libro) no comporta peligro, aunque sí una visión del paisaje, de los pueblitos andaluces, de los ríos y páramos, de la gente, de los remanentes de la cultura árabe, que tan bruscamente debió ceder ante la derrota frente a los caballeros castellanos. Un preludio a la llegada a La Alhambra, una oportunidad de recoger tradiciones orales y una preparación para la falta de hechizo que tiene el primer encuentro con el monumento. Irving descubre que el palacio de la Alhambra se halla habitado por una verdadera corte de los milagros, una concesión informal del gobernador de Granada para que alguien cuide –como puede– el lugar confiado a él por el gobierno central. Esa gente se declara además descendiente de antiguos propietarios y lo abruman de información mayormente inventada.

Tras una relativamente sencilla negociación, Washington Irving consigue algo insólito: que le permitan vivir en el mero palacio. Y allí se instala, en unos cuartos tenebrosos y derruidos, con vista a los descuidados jardines y las abandonadas fuentes de agua. Se pasea de día y de noche. Consulta la biblioteca, llamada de los jesuitas, que pocos años antes fuera saqueada por las tropas francesas de ocupación, bajo la égida de Pepe Botella, el hermano de Napoleón. Irving lee los viejos libros. Se impregna de la atmósfera del lugar, el escenario de las historias y leyendas moras. Entonces comienza a contar. Sin pretensión de originalidad ni de fidelidad histórica. Atención: es un proceso creativo: el viaje, la instalación en el lugar, el vagabundeo por las ruinas, la escucha de las músicas y las tradiciones orales, la indagación en la biblioteca: la escritura de los *Cuentos de La Alhambra*.

Recuerdo éste como un libro predilecto de mi temprana adicción literaria, en una edición juvenil de la colección “Robin Hood” que se editaba en Argentina (¡Editorial ACME!). El libro había sido depurado de algunas partes relativas al viaje y la estadía de Irving en Granada, para privilegiar las historias y romances de la Alhambra, todas misteriosas y fascinantes leyendas con títulos tales como: “El astrólogo árabe”, “El príncipe Ahmed el Kamel, o el peregrino del amor”, “El legado del moro”, “Las tres hermosas princesas”, “La rosa de la Alhambra”, “El gobernador manco y el soldado”, “Las dos estatuas discretas”, “El soldado encantado”, y así otras.

Para Washington Irving, que tantos aportes hizo a la literatura de su país, la escritura de los *Cuentos de La Alhambra* constituyó una experiencia personal, que expresa de este modo, en su “Adiós del autor a Granada”: “Me alejaré de este paisaje –pensé– antes que el sol se ponga, para llevar conmigo el recuerdo envuelto en toda su belleza. Tras estos pensamientos, proseguí mi andar entre montañas. Unos pasos más, y Granada, la vega y la Alhambra desaparecieron de mi vista. Así terminó uno de los más placenteros sueños de una vida que el lector acaso piense estuvo demasiado hecha de sueños”.

La presente relectura me ha puesto frente a un nuevo libro, mucho más rico e interesante, y que ha dado a los *Cuentos de La Alhambra* de mi infancia un contexto que ahora aprecio... y el misterio permanece asombrosamente intacto. ¡Alá es grande!

Referencias

- Claude G. Bowers, *Las aventuras españolas de Washington Irving*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1946.
- Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra* (con ilustraciones de Joseph Pennell, 1931), Aguilar Ediciones, Madrid, 1967.